

Irving Howe

1984: LOS ENIGMAS DEL PODER

Traducción de Silvia González de León

Es una experiencia común temer que las admiraciones de nuestra juventud se deteriorarán, y precisamente porque 1984 tuvo un impacto tan demoledor en mí cuando fue publicado por primera vez hace más de treinta años, dudé mucho tiempo antes de volver a él. Todavía recuerdo los turbulentos sentimientos —la consternación profunda, el sentimiento de extravío— con que mucha gente leyó el libro de Orwell por primera vez. Mi temor era que ahora pareciera una impresión pasajera de su momento o incluso, como algunos críticos de izquierda han alegado, un mero reflejo de la Guerra Fría. Pero mis temores eran infundados. Después de releer 1984 estoy convencido, más que nunca, de que es un clásico de nuestro tiempo.

Si también es un clásico de todos los tiempos es otra cuestión. No podemos saber lo que la gente del futuro pensará sobre el libro de Orwell, ni decir lo que podrá significar para ellos, que apenas recordarán la época del totalitarismo y necesitarán un comentario del editor si por casualidad tropiezan con una copia. Pero para nosotros, hijos de este siglo, la relación con 1984 debe ser íntima, agitada, inquietante. En 1938 o 1939, la idea de un mundo dividido entre unos cuantos superpoderes totalitarios, la premisa del libro de Orwell, no parecía tan lejana. Recuerdo conversaciones en voz baja sobre la posible configuración de un mundo dominado por Hitler y Stalin, tal vez con un decreciente enclave de democracia en los Estados Unidos. Tales visiones de pesadilla parecían, con mucha razón, completamente reales durante los años inmediatamente anteriores a la guerra. Cuando Orwell publicó su libro una década después, en 1949, a pesar de su obvio deseo de atemorizarnos con su versión extrema del estado total, uno sentía que presentaba algo demasiado familiar, incluso un lugar común.

También familiar, aunque en un sentido algo diferente, es el conjunto de detalles que Orwell construyó sobre la vida diaria en Oceanía. Muchos de los pasajes descriptivos de 1984 fueron simplemente tomados, con alguna explayación aquí y allá, de libros anteriores de Orwell o de las cáusticas observaciones que siempre hizo a la Inglaterra del Siglo XX. En una reseña para el "Times Literary Supplement" de Londres, Julian Symons señaló con agudeza que

"De alguna manera la vida (en la Oceanía de 1984) no se diferencia demasiado de la vida en que vivimos hoy. La olla del cocido gris rosáceo, el pedazo de pan y el cubo de queso, la taza de café negro Victoria con su tableta de sacarina —justamente el tipo de comida que nosotros podríamos muy bien recordar; los placeres del reconocimiento se desatan también con la descripción de la ginebra Victoria (reservada para los privilegiados —'los proles' beben cer-

veza), que tiene un olor grasoso repugnante, como el licor de arroz chino, y da a aquellos que lo beben 'la sensación de ser golpeados en la nuca con un garrote de goma.' En general podemos enfocar las proyecciones del futuro con distancia porque parecen referirse a gente totalmente diferente de nosotros. Al crear un mundo en el que los 'proles' tienen todavía sus canciones sentimentales y su cerveza y los privilegiados consumen su cerveza Victoria, Orwell nos involucra muy hábil e incómodamente en su historia. . ."

Symons podría haber agregado que en sus escritos anteriores Orwell ya se había ocupado casi obsesivamente de las ásperas incomodidades de la vida urbana, los malos olores, los agrios sabores, las sucias calles, los mugrientos cuartos, los cuerpos manchados de sudor. Como se vio después, el infuero de Oceanía tenía muchas semejanzas agudas con el pasado inmediato de Inglaterra.

Semejanzas también con los años del terror stalinista en Rusia. Los interrogatorios hechos a Winston Smith por las autoridades de Oceanía, la alternación entre golpes físicos y conversaciones compasivas, la apariencia terrorífica final de O'Brien, señor del poder: todo esto recuerda el relato que Arthur Koestler hace en *El cero y el infinito*, de cómo la NKVD interrogaba a sus víctimas. La descripción de Koestler anticipó, a su vez, lo que desde entonces hemos aprendido sobre los métodos de la policía secreta soviética. Fue mérito de Orwell haber comprendido que la imaginación florece cuando se funda en la realidad común.

También sabía que para hacer verosímil la parte de su libro que llevaría en espiral a lo extraordinario, primero tenía que cimentarla sólidamente en lo ordinario. O para ponerlo de otro modo, sabía que su principal problema era hacer posible —que, hay que recordarlo, no es lo mismo, que lo probable— su concepción de cómo algunas tendencias destructivas de la sociedad moderna podrían impulsarla incontrolladamente, sin que sentimientos de humanidad o prudencia pudieran impedirlo.

Con todo, mientras releía 1984 reconocí incluso otra forma en la que todo parece decididamente familiar —pero esta familiaridad conóciana.

La mera idea de una sociedad totalmente controlada en la que una élite que se autoperpetúa gobierna a través del terror y la ideología, ya no nos impresiona como un horror sombrío o como si fuera la proyección de una mente paranoica. En las pocas décadas que han pasado desde que Orwell escribió, hemos avanzado mucho hacia la domesticación de la idea del estado total, hasta tal punto, por cierto, que hoy nos parece una entre muchas opciones sobre la forma en que viven los hombres. La idea de que el totalitarismo es una constante —incluso una posibilidad común de nuestro tiempo— puede ser tan espantosa como la perspec-

tiva de que tarde o temprano podríamos llegar a vivir bajo un régimen orwelliano. Ninguna persona sensata podría haber tomado 1984 como una predicción real; incluso aquellos que leyeron el libro con malicia o con aversión sabían que tenía que tomarse como una advertencia, sin duda una advertencia aterradora. Que en su concepción fundamental nos parezca hoy tan familiar, tan ordinario, tan factible, es —cuando se piensa en ello— un hecho profundamente atemorizante de la época en que vivimos. Pero es un hecho.

II

Preguntar qué clase de libro es 1984, puede parecer una pregunta extraña y pedante. Podría decirse que, después de todo, millones de personas han leído el libro sin preocuparse por sutiles aspectos genéricos. Sin embargo, la pregunta no es ni extraña ni pedante, ya que en mi opinión existe entre los lectores de Orwell una buena dosis de incertidumbre y confusión acerca de lo que él trataba de hacer. La gente a menudo dirá, "Estamos acercándonos a 1984 y no vivimos en el tipo de sociedad que Orwell previó. ¿No significa esto que estaba exagerando o incluso que era mórbido?" Para este tipo de quejas existe una respuesta simple: proyectar un cierto grado de exageración es parte de la naturaleza de la ficción antiutópica, porque sin exageración el trabajo no sería más que otro retrato realista de la sociedad totalitaria.

Otras quejas, más sofisticadas, toman un cariz "literario". Una de ellas, que todavía se oye a menudo, es que el libro no tiene "personajes reales", que no existe en él un escenario social verosímil, que la visión psicológica de la historia es algo rudimentaria. Tales quejas tienen que ver con los géneros literarios o con su confusión; reflejan una incapacidad para entender el tipo de ficción que Orwell escribió y lo que legítimamente podría esperarse de ella. Cuando un crítico como Raymond Williams dice que a 1984 le falta una "sociedad sustancial y asimismo personajes sustanciales", está (uno sospecha que casi deliberadamente) errando el tiro. Porque la premisa fundamental de la ficción antiutópica es esbozar un mundo "inconcebible" de manera que lo consideremos concebible provisionalmente y proyectar un mundo en que categorías como "sociedad sustancial... personajes sustanciales" han sido en gran parte suprimidas o consideradas obsoletas. En realidad sería imposible que una sociedad como la descrita existiera, pero aquí esa no es la cuestión. Un escritor puede, en el tipo de ficción que Orwell estaba componiendo, dibujar las sombras de "lo imposible" como si se tratara de persuadirnos de que finalmente no son posibles. Sucede que nos hemos acercado tanto durante la última mitad de siglo a una sociedad como la de Oceanía que la perspectiva de realización está al alcance de la imaginación. Eso es todo lo que un escritor necesita.

Hay tipos de ficción que no deberían ser llamados novelas: pensemos en el *Cándido* de Voltaire, *Los viajes de Gulliver* de Swift, *El castillo de Crochet* de Peacock. Northrop Frye esperaba, probablemente en vano, revisar la tendencia moderna a agrupar todos los tipos de ficción literaria en el género de la novela. Así, describe un tipo de ficción que llama menipea, "inventada, según se afirma, por un griego de la escuela cínica llamado Menipo." Este tipo de ficción "se ocupa menos de los personajes como tales que de las actitudes mentales... y se diferencia de la novela en su caracterización, que más que naturalista es estilizada..."

Hace un cuarto de siglo, cuando escribía por primera vez sobre 1984, pensé que esta descripción del tipo de libro que Orwell había compuesto era satisfactoria; pero hoy me gustaría cambiar esa opinión. Casi todo el mundo ha reconocido lo brillante que fue Orwell al encontrar vehículos simbólicos a través de los cuales representar las "actitudes mentales" de las que Frye habla. Pensemos sólo en la Neulengua, en el Hermano Grande, en la Semana del Odio, en el Agujero de la Memoria, los cuales han entrado a nuestro discurso y conciencia como figuras vividas. (Hace algunos años visité una universidad canadiense donde los maliciosos estudiantes habían bautizado un nuevo edificio del recinto universitario —inmenso, sin ventanas, de feo cemento— como el Ministerio del Amor; estoy seguro de que así será llamado en las próximas décadas.) Existe entonces una buena razón para ver en 1984 un ejemplo de la "sátira menipea", pero sólo en parte.

Porque al regresar al libro he aprendido a apreciar algunas partes que me impresionaron como "novelísticas" en el sentido usual de la palabra. Especialmente aquellas en que Winston Smith y Julia tratan de encontrar un paraje, un rincón donde puedan estar solos y hacer el amor. Destellos de individualidad empiezan a sentirse aquí: por ejemplo, la audacia de Julia para arreglar su huida al campo, donde pueden estar libres de la telepantalla, o su encantadora indiferencia a toda ideología, como cuando se queda dormida durante la emocionada lectura del libro prohibido de Emanuel Goldstein, *Teoría y práctica del colectivismo oligárquico*.

Hoy pienso que 1984 debe ser leído como una mezcla de géneros, de sátira menipea y novela convencional principalmente, pero con algunos trozos de panfleto y unos cuantos toques de romance traspuesto. Una descripción como esta puede ser útil, aunque no porque se sea tan tonto como para querer categorías exactas; puede prepararnos, por lo menos, para evitar expectativas falsas cuando leemos.

III

Una ficción antiutópica debe tener uno o dos toques de exceso. Tiene que haber una historia que tome las convenciones familiares de la novela utópica, de moda en una época, y se aferre a ellas. En otra parte he descrito ese toque de exceso como "la dramática estrategia y psicología narrativa de 'un paso más'. . . un paso más allá de nuestra realidad —no tanto un cuadro del totalitarismo moderno como una extensión, a través de un solo paso, del patrón esencial del estado total." Pero este exceso puede desde luego consistir de más de un paso, puede ser de dos o tres, ya que el vínculo de credibilidad entre el escritor y el lector puede romperse por una acumulación de improbabilidades.

Lo que me ha impresionado especialmente al releer 1984 es que, sí, es verdad que en la ficción antiutópica el escritor puede dar cuando mucho unos cuantos pasos más allá de nuestra realidad, pero es probable que alcance sus más fuertes efectos precisamente en el momento en que el equilibrio oscila entre la mínima credibilidad y el desplome de la incredulidad. Porque en ese momento nos preguntamos, ¿pueden las cosas realmente llegar tan lejos?, y es entonces cuando nuestras más profundas ansiedades surgen. ¿Es concebible que el estado total pueda ser tan "total," que sea capaz de quebrantar y transformar a los seres

humanos más allá de lo que esperaríamos que la naturaleza humana pudiera resistir? Pensamos y esperamos que no, pero no podemos estar seguros. Sabemos que el estado total ya ha hecho cosas que generaciones anteriores habrían supuesto imposibles.

Algo así ocurre en 1984 cuando Orwell se ocupa de la sexualidad en Oceanía. A miembros del Partido Exterior —nunca sabemos sobre el Partido Interior— se les entrena sistemáticamente para minimizar y negar el instinto sexual, claramente para separar el acto sexual del placer sensual o el juego imaginativo. No puede haber "espacio libre" en las vidas de los fieles del Partido Exterior, nada que esté más allá del dominio del estado. La energía sexual debe ser transformada en violencia política e historia personal. A los proles se les permite dejarse llevar por la promiscuidad, su misma pereza y suciedad son una aparente garantía contra la rebelión, pero los miembros del Partido Exterior sorprendidos en relaciones promiscuas entre ellos deben encarar los más severos castigos. Sobre esto Orwell es muy cuidadoso:

"La intención del Partido no era sólo impedir a los hombres y mujeres que formaran lealtades que no fuera capaz de controlar. Su propósito real, no declarado, era suprimir todo placer en el acto sexual. El enemigo no era tanto el amor como el erotismo, dentro o fuera del matrimonio. . . Las relaciones sexuales debían de ser vistas como una operación menor un poco desagradable. . . El partido estaba tratando de matar el instinto sexual o, si no pudiera ser aniquilado, entonces de distorsionarlo o ensuciarlo. . .

Si Orwell había captado una parte esencial del panorama totalitario o si se había ido demasiado lejos, "un paso más", sigue siendo una cuestión fascinante. Sabemos que en los años del stalinismo la Unión Soviética favoreció, por lo menos públicamente, una remilgada y a veces represiva antisexualidad. Pero no existe evidencia de que durante esos años —y este es el período que Orwell utilizó para su libro— los miembros del Partido Comunista fueran forzados a sufrir mayor represión sexual que el resto de la población. Aunque la evidencia es frágil, Orwell tocó no obstante algo muy importante aquí; dio un salto imaginativo de los "primeros principios" totalitarios que se refieren no tanto al sexo —y desde luego no al sexo en sí mismo— como a la amenaza del "espacio libre", ese margen de autonomía personal que incluso en las peores épocas del stalinismo y del hitlerianismo algunas personas todavía querían proteger. Y fue este el margen que Orwell consideró como el gran "defecto" de todos los esfuerzos previos para concretar la visión totalitaria. Si un totalitarismo completo o "total" es posible, o posible por un período de tiempo, no es, quiero repetir, la cuestión. Lo único que importa, para nuestros propósitos, es que sea lo suficientemente verosímil para permitir una representación de la ficción.

El viaje de Winston Smith de la rebelión al fracaso es un esfuerzo condenado por recuperar la idea, quizás aún más que la experiencia, de una individualidad personal por recuperar la posibilidad de la psicología individual y la memoria de la libre introspección. Esto ocurre en 1984 —;Y creo que es uno de los mayores aciertos de Orwell!— no tanto a través del razonamiento como a través del encuentro entre dos cuerpos. Cuando Winston Smith y Julia escapan por

primera vez fuera de Londres, buscando cuidadosamente un paraje en el bosque para poder hacer el amor, no "están enamorados", por lo menos no todavía. Lo que sucede entre ellos es sólo —¡sólo!— el encuentro de dos cuerpos deseosos, animales si se quiere, pero maravillosamente ansiosos, vivos y sanos. Están libres de las garras del Partido; este momento les pertenece.

En esta y en algunas otras secciones Orwell escribe con una especie de aflicción, de apagado lirismo, un lirismo aspero que es lo máximo que puede permitirse dadas las circunstancias. Me sentí conmovido, mucho más que la primera vez que leí el libro, por estas breves y abatidas celebraciones del cuerpo. Un poco más libremente que el lenguaje de 1949, hoy diríamos que Julia es una mujer a la que le gusta coger, y parece importante ponerlo de esta manera, porque en los miserables recintos de Oceanía lo mejor que la gente podía hacer era coger.

IV

Más audaz aún que la estrategia de "un paso más" de Orwell al encargarse de la sexualidad es su tratamiento del poder. Tiende a ver la ambición de poder como una experiencia radical, algo que no necesita o no puede ser explicado más que en sus propios términos, y creo que aquí también el paso del tiempo ha confirmado sus intuiciones. Déjeme abusar de su paciencia por un minuto mientras recuerdo algunas críticas hechas por críticos admiradores de Orwell poco después de que 1984 apareció. Philip Ravh, en una buena reseña ensayística del libro, dijo que en cierta forma Orwell había sobrepasado a Dostoyevski al captar "la dialéctica del poder." *Los hermanos Karamazov* muestra al Gran Inquisidor como un tirano que gobierna con intención benévola: considera al hombre una criatura débil que necesita del látigo para su propio bien y que sólo puede ser feliz cuando el peso de la libertad es levantado de su espalda. Durante el interrogatorio conducido por O'Brien, Winston Smith, esperando complacer a su atormentador, repite la lógica del mantenimiento del poder del Gran Inquisidor:

"Que el Partido no buscaba al poder para sus propios fines, sino sólo para el bien de la mayoría. Que buscó el poder porque los hombres de la masa eran criaturas frágiles y cobardes que no podían soportar la libertad o enfrentar la verdad... Que la elección para la humanidad estaba entre la felicidad y la libertad, y que, para la gran masa de la humanidad, la felicidad era mejor. Que el Partido era el eterno guardián de los débiles, una secta que hacía el mal para que el bien viniera, sacrificando su propia felicidad por la de los otros."

Todo esto le parece a O'Brien pura hipocresía, lo desprecia por "estúpido." Dando vuelta al disco de la máquina que registra el dolor de Winston Smith, lo castiga con estas memorables palabras:

"El Partido busca el poder para su propio beneficio. No estamos interesados en el bien de los otros; estamos interesados solamente en el poder... No se establece una dictadura para salvaguardar una revolución; se hace una revolución para establecer una dictadura. El objeto de la persecución es la persecución. El objeto de la tortura es la tortura. El objeto del poder es el poder... El poder está en infligir el dolor y la

humillación. El poder está en romper las mentes humanas en pedazos y en volver a juntarlas en la forma que uno elija."

Este intercambio de palabras constituye un pasaje clave en 1984, quizás en la totalidad del discurso político moderno. Al comentarlo, Philip Rahv hizo una crítica en 1949 que me pareció en ese tiempo perspicaz y válida:

"Existe un aspecto de la psicología del poder en el que la intuición de Dostoyevski me parece más viable que el estricto realismo de Orwell. Me parece que Orwell fracasa para distinguir, en la conducta de O'Brien, entre la verdad psicológica y la objetiva. Sin lugar a dudas es O'Brien, más que el Gran Inquisidor de Dostoyevski, quien revela la naturaleza real del poder total; sin embargo, eso no aclara la pregunta de la psicología personal de O'Brien, es decir, de su habilidad para vivir con esta verdad desnuda como su único soporte; tampoco es concebible que la élite del partido, a la que pertenece, pudiera vivir con esta verdad por mucho tiempo. El mal, más que el bien, necesita de justificaciones pseudoreligiosas, tan de buena gana proporcionadas por las ideologías de la salvación del mundo y la felicidad obligatoria... El poder es su propio fin, con toda seguridad, pero incluso los Grandes Inquisidores están obligados... a creer en la ficción de que su poder es un medio para algún otro fin, satisfactoriamente noble y etéreo."

Varias décadas han pasado desde que Rahv escribió estas mordaces líneas y casi todo lo que ha pasado desde entonces nos da razones para dudar de que estuviera totalmente en lo correcto. Orwell escribió en una época en que Stalin estaba vivo y Hitler acababa de morir: el totalitarismo parecía una fuerza arrolladora; al borde, quizás, de apropiarse de Europa. El fanatismo ideológico que unos años más tarde sería considerado por Hannah Arendt como uno de los dos apuntalamientos del estado total, era fuerte todavía. Porque mientras es cierto que Hitler y Stalin gobernaron a través del terror, también es cierto que millones de personas que adoptaron las ideologías, los mitos y *slogans* nazis y comunistas lo hicieron con la mayor seriedad, rindiéndoles una devoción más intensa que la que las religiones tradicionales han sido capaces de obtener en este siglo. Realmente el poder puede ser el principio y el fin del dominio del Partido en Oceanía, pero por lo menos hasta 1949 y en los años posteriores resultaba difícil que O'Brien hablara o pudiera hablar tan abiertamente como Orwell lo presenta, incluso a una víctima a la que pronto iba a *sacrificar*.

¿Podemos estar seguros de que Orwell se equivocó al darle a O'Brien ese discurso sobre el poder? Creo que no. Porque hemos vivido para presenciar un notable desarrollo del estado comunista: su ideología ha decaído, cada vez menos gente cree en sus afirmaciones, pero su poder permanece prácticamente intacto. Es cierto, el uso del terror es menos arbitrario, pero el poder del estado —una suerte de terror en reserva— sigue siendo un poder total. Mientras el letargo y la pereza envuelven a las sociedades comunistas, empieza a parecer que la ideología se convertirá en ellas en una especie de cuerpo fosilizado de fastidiosos y medio olvidados *slogans*. No podemos suponer que muchos de los rusos instruidos, incluso aquellos colocados en las altas esferas del Partido, "creen" todavía que están construyendo



la misma sociedad comunista que Marx y Lenin expulsieron por primera vez. Pero el Partido permanece.

¿En qué creen los agentes secretos comunistas? Creen en su aparato. Creen en el Partido. Creen en el poder que éstos les permiten. Que un alto burócrata soviético hable hoy a un disidente prisionero en el estilo francamente cínico que O'Brien utiliza al dirigirse a Winston Smith, no parece inconcebible. No parece incluso difícil de alcanzar. El burócrata, especialmente si es inteligente y tiene alguna pretensión de ser sofisticado, puede desear demostrar a su víctima que sabe también que el *ethos* del totalitarismo ha empezado a decaer, que ha entrado en una fase de transparencia en que ha sido despojado del manto del ideal. Por lo tanto, este burócrata no puede ser tan lúcido como O'Brien, pero podría fácilmente decirle a su víctima: "no quiero hacerme el tonto hablándote de la sociedad sin clases, simplemente quiero que reconozcas, por tu propio bien, quién tiene el poder y quién pretende mantenerlo."

Considero una de las virtudes intuitivas de Orwell el que haya previsto este momento histórico en el que la fe en el estado total está desmoronándose a pesar de que su poder subsista. Si una condición como esta representa una crisis explosiva o un periodo de bajo tono de estabilidad, no lo sabemos todavía. Pero existen por lo menos algunos motivos para creer en la reconocida idea extrema de Orwell de que los gobernantes del estado total no necesitan ya preocuparse de engañarse a sí mismos sobre sus motivos o pretensiones. La posibilidad más simple es que ahora tienen la visión realista de sí mismos como criaturas que tienen el poder por el poder mismo y esto les parece suficiente.

V

El aspecto problemático, pero también interesante, de 1984 es el tratamiento que Orwell da a los proles:



"Eran gobernados por lealtades privadas que no cuestionaban. Lo que importaba eran las relaciones individuales y un gesto completamente vano —un abrazo, una lágrima, una palabra dicha a un moribundo— podía tener valor en sí mismo. Los proles, se le ocurrió de pronto [a Winston Smith]... no eran leales a un partido, a un país o a una idea, eran leales los unos a los otros."

Con su eco de E.M. Foster, esto es muy conmovedor, y se convierte en más que conmovedor cuando Winston Smith busca algún medio o palanca de rebelión que pueda amenazar el poder del Partido. "Si existe una esperanza," escribe en su cuaderno, "está en los proles..." Si... y entonces la paradoja que en la medio olvidada época del capitalismo hace sufrir a los socialistas: "Hasta que (los proles) sean concientes nunca se rebelarán, y hasta que se rebelen no podrán ser concientes". Orwell sabía que tradicionalmente los marxistas habían ofrecido una solución "dialéctica" a este dilema: los imperativos de la acción arrastran a la gente a la conciencia, y los estimulantes de la conciencia permiten la acción posterior. Una fórmula poderosa, millones de gentes la han repetido; pero como otros intelectuales de izquierda de su tiempo, había llegado a dudar sobre su exactitud o utilidad. Sin embargo, al escribir *1984*, Orwell fue lo suficientemente inteligente para dejar un poco abierta la cuestión de si los proles podrían ejercer un poder decisivo en la sociedad moderna.

Aquí, Orwell cometió un gran error. A los proles se les permite más privacidad que a los miembros del Partido, la telepantalla no les grita instrucciones, la policía secreta rara vez los molesta, excepto ocasionalmente para deshacerse de un prole talentoso o independiente. Lo que esto significa seguramente es que el Partido Interior juzga a los proles como seres totalmente aplastados y domesticados, que no representan una amenaza para su poder ni ahora ni en el

futuro, desmoralizados como individuos y débiles como clase social.

Pero la evidencia de la historia —que debe, después de todo, ser crucial para un escritor de ficción antiutópica se vuelve enérgicamente en contra de la visión del futuro de Orwell. Durante el pasado medio siglo, Europa se ha visto convulsionada por repetidas y fracasadas rebeliones, en las que los trabajadores (o proles) han jugado un papel principal, de Berlín Oriental en 1956 a Francia en 1968, de la Revolución húngara al levantamiento de Solidaridad en Polonia.

Pero dejemos de lado, en nombre del argumento de la novela, la realidad o probabilidad histórica, ya que, después de todo, es siempre posible leer las evidencias en forma conflictiva. Concentrémonos en cambio en el criterio de la posibilidad imaginativa para construir un juicio sobre el tratamiento que Orwell da a los proles. Creo que incluso entonces nuestro sentido de credibilidad deberá ser forzado excesivamente. Permítanme tomarme la libertad de citar unas cuantas líneas que escribí poco después de que apareció *1984*, ya que pienso que aún son pertinentes:

"El tratamiento que Orwell da a los proles puede ser cuestionado sobre... bases fundamentales. El estado totalitario no puede proporcionar lujos, permitir excepciones; no puede tolerar la existencia de grupos fuera del perímetro de su control; nunca puede estar tan seguro como para sentir indiferencia. Registra cada rincón en busca de rebeldes que sabe que no existen (pero pueden, ¡podrían!); el estado totalitario no puede descansar por un periodo prolongado de tiempo. Hacerlo sería arriesgarse a la desintegración. Siempre debe tender hacia una condición de autoagitación, sacudiendo y volviendo a sacudir a sus miembros... Y ya que, como concluye Winston Smith, los proles siguen siendo una de las pocas fuentes de rebelión, parecería difícil que Oceanía les permitiera incluso la relativa libertad que Orwell describe."

Si los "círculos gobernantes" de Polonia, Checoslovaquia y Hungría pudieran hablar con O'Brien en privado, le dirían que, por más lúcido que fuera en el tema del poder, podría estar cometiendo un error en su visión de los proles.

VI

Un aura de pesimismo se cierne sobre *1984*: el libro termina con un Winston Smith deshecho que bebe ginebra Victoria y que lloriquea su embriagado amor por el Hermano Grande. Logró su "adaptación."

"Si existe alguna esperanza, está en los proles", había dicho Winston Smith; pero ¿existe alguna esperanza? No es una pregunta que Orwell esté obligado a contestar; le basta preguntarlo, con la suficiente honradez y desesperación que lo presentan como un hombre de su siglo. El pesimismo que se cierne sobre el libro ha sido "explicado" por algunos críticos como un síntoma de la grave enfermedad que Orwell sufría al final de su vida, precisamente en la época en que estaba escribiendo su libro. Tal vez haya un poco de verdad en esto, pero básicamente me parece una idea bastante tonta. Un simple hombre enfermo o deprimido no podría haber escrito con el desafiante ingenio que dio forma a *1984* —y, en todo caso, ¿en dónde se han metido esos críticos en la pasada mitad de este siglo? ¿no han

escuchado las malas noticias? No, el pesimismo de 1984 es real y justificado; pero es un pesimismo vigoroso y apasionado.

Si el extremismo de la visión de Orwell deriva de una sensibilidad íntima hacia la idea de un mundo en el que la vida humana está desprovista de posibilidades dinámicas, también refleja su creciente aversión por la política, al menos por una política que no deja margen para nada más que para sí misma. Esta puede también justificar la línea conservadora de la perspectiva de Orwell —menos conservadora en relación con la política que con la sensibilidad: es decir un aprecio por lo que la gente vive realmente, la intensidad de las relaciones y sentimientos recibidos. Una de las partes más conmovedoras de 1984 es el recurrente esfuerzo de Winston Smith por recordar fragmentos del pasado, los días anteriores a que el Partido tomara el poder. Trata de recordar cómo lo acariciaba su madre cuando era niño, simplemente porque era su hijo; trata de evocar la apariencia destruida de una iglesia; trata de acordarse de una vieja rima, trivial en sí misma pero rica en asociaciones:

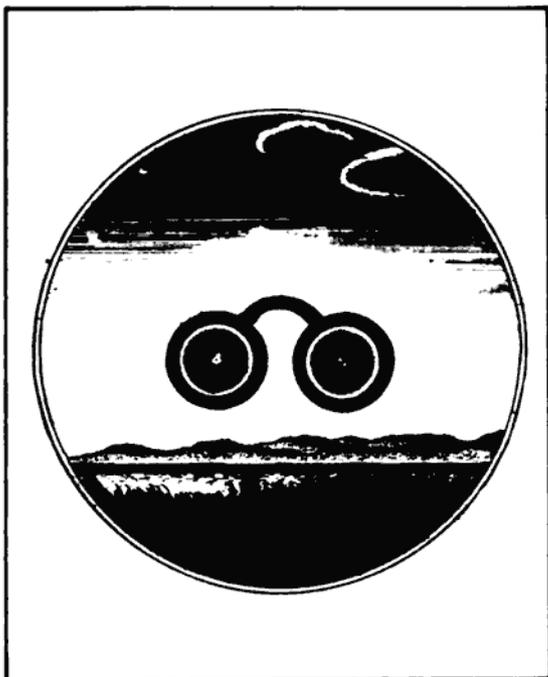
*Naranjas y limones, dicen las campanas de San Clemente.
Me debes tres panques, dicen las campanas de San Martín
¿Cuándo me pagarás?, dicen las campanas de Old Bailey.
Cuándo me haga rico, dicen las campanas de Shroveditch.*

Algunos lectores toman este conservadurismo del sentimiento, ya presente en los libros anteriores de Orwell, para confrontarlo con sus convicciones socialistas democráticas. Eso sería verdad sólo si el socialismo fuera visto —como hacen la izquierda autoritaria y la derecha reaccionaria— como una expurgación total del pasado, un intento de la élite burocrática de imponer la "utopía" a través del terror. Orwell comprendió, no obstante, que el socialismo democrático es un esfuerzo por extender lo que es válido del pasado, aumentar nuestras libertades y profundizar nuestra cultura. Los sentimientos conservadores que Orwell revela en 1984 no sólo no se contraponen a sus opiniones socialistas sino que las corroboran. Al menos eso esperamos.

Mientras escribía este ensayo un editor de una revista norteamericana me ha preguntado varias veces, ansioso de una pronta respuesta, "¿Si Orwell estuviera vivo, hubiera seguido siendo socialista?" La pregunta es absurda, en sí misma, ya que nadie puede saberlo. Pero podemos agregar lo siguiente: dentro de su generación de escritores e intelectuales de izquierda, algunos se han pasado a la derecha, otros han tratado de refinar sus valores socialistas con un énfasis mayor en la democracia y otros más han abandonado del todo su interés en la política. Sería tonto decir cuál de estas direcciones habría tomado Orwell, a excepción de que es difícil imaginar que hubiera perdido totalmente el interés en la política.

Sabemos que Orwell repudió públicamente los intentos de usar 1984 como una pieza de propaganda antisocialista. En una carta a un corresponsal norteamericano escribió su opinión con la franqueza y lucidez que lo caracterizaban:

"Mi reciente novela [1984] NO pretende ser un ataque al socialismo o al Partido Laboral británico (del cual soy seguidor) sino una muestra de las perversiones de las que una



economía centralizada es responsable y que se han realizado ya en el comunismo y en el fascismo. No creo que el tipo de sociedad que describo ocurrirá *necesariamente*, pero creo (admitiendo desde luego el hecho de que el libro es una sátira) que algo parecido *podría* ocurrir..."

Esta es sólo la opinión de Orwell pero sabemos que los escritores pocas veces captan todas las implicaciones de su trabajo. Por lo tanto, es posible que algunos lectores digan que a pesar de que Orwell no trató de hacer de su libro un ataque a las ideas socialistas, puede ser leído de esa manera.

Y se puede. La visión de las cosas que Orwell presenta no lleva necesariamente a alguna conclusión política, a excepción de la urgencia de normas democráticas. Liberales, conservadores y socialistas pueden argumentar a partir del texto de Orwell en favor de sus concepciones, aunque los más sofisticados de ellos reconocerán que una posición política debe ser justificada en sus propios términos, independientemente de cualquier texto literario.

Orwell comprendió que existe una fuerte tendencia dentro de la sociedad moderna hacia el colectivismo económico; que esta tendencia puede adoptar un amplio rango de coloraciones políticas, desde autoritarias hasta democráticas; y que puede ser desviada o modulada pero tal vez no simplemente anulada. La internetración del estado y la sociedad, el gobierno y la economía, es solamente un hecho de la vida moderna, como lo han sido la industrialización y la urbanización. En 1940 Orwell escribió: "Hay poco que decir sobre evadir el colectivismo. El problema es si debe ser fundado sobre la cooperación voluntaria o sobre la ametralladora" —es decir, si será democrático o autoritario. Esto da al asunto una admirable precisión. 1984 nos muestra lo que podría suceder si "la ametralladora" triunfa, pero la otra opción sigue siendo para nosotros, una sociedad libre y fraternal de cooperación voluntaria.